

El discurso de la República

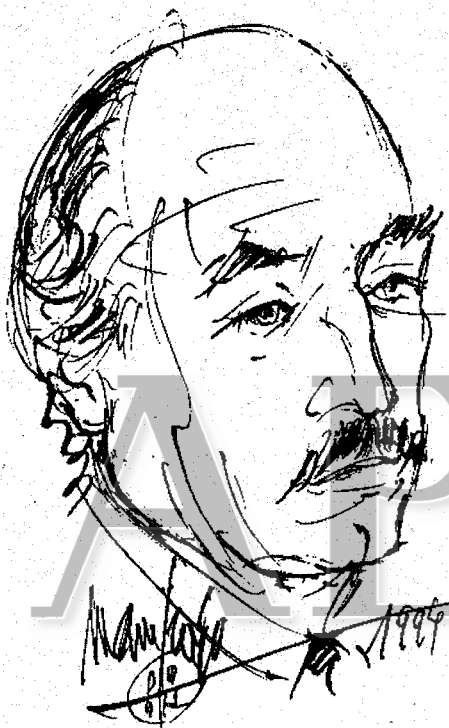
Antonio García-Trevijano

Temas de Hoy. Madrid 1994, 300 páginas

NO son el prejuicio, el escándalo ni el morbo los talentos adecuados para emprender la lectura de un libro de pensamiento, cuya principal virtud es que éstos sean lo más certeros posibles. El ambiente que rodea la publicación del ensayo de García-Trevijano, «El discurso de la República», puede distorsionar su cabal comprensión y dificultar la lectura sosegada y desapasionada. El libro es pertinente y merece sobradamente la atención del lector español. Es un buen libro, escrito con pasión y rigor, que, ya sólo por eso se sitúan por encima del nivel medio de publicaciones sobre la realidad nacional y política de la España actual. Desafía y se opone a los principales tópicos imperantes en nuestra dirigida (y manipulada) opinión pública y así cumple la función constitutiva del intelectual que es la de oponerse a ella y, en parte, el viejo imperativo unamuniano de la agitación de las conciencias adormecidas. Es un escrito radical, y no sólo en el sentido de que plantea de modo radical los problemas políticos de España. Ofrece una crítica devastadora del modo de gobernar imperante en España y una muy oportuna defensa de la recuperación de la conciencia nacional. Y contiene propuestas de reforma política en tiempos en que hablar de ellas se considera algo así como la violación de un arcano tabú. Méritos tan señalados van acompañados de tesis y análisis problemáticos y, en algunos casos, abiertamente erróneos. La razón es que, como sucede tantas veces en obras de pensamiento, la defensa de una interpretación unidireccional de fenómenos complejos suele conducir a la distorsión.

Bajo la forma literaria de unas cartas a la nación española, Antonio García-Trevijano enuncia y fundamenta una tesis provocativa, que viene defendiendo desde tiempo atrás: el Estado español no es democrático. Pero lo más notable no se encuentra en esta afirmación que otros analistas comparten o se aproximan a ella al denunciar el abuso y la impunidad del Gobierno en España y la desnaturalización de la democracia. Burckhardt definió al Estado como el conjunto de los imperantes y su séquito. Tras sus huellas, el autor desvanece la ilusión democrática y sostiene que en España no existe democracia porque no hay libertad política, y no hay libertad política porque el pueblo no puede elegir directamente a sus gobernantes y, en particular, al jefe del Gobierno. Lo peculiar del análisis del autor es su atrevido diagnóstico de las causas. La génesis de la «servidumbre voluntaria» de los españoles se encuentra en «la impostura de la transición», en la falta de una ruptura democrática y en el consenso entre la clase dirigente del franquismo y la oposición de la izquierda. El miedo y la ambición fueron sus motores y, es-

pecialmente, el miedo de la izquierda comunista y socialista a la libertad política del pueblo. García-Trevijano lanza así un ataque frontal al gran mito de la excelencia de la transición. Pero fallido, porque del hecho de que algo —la corrupción, la degeneración de la moral y las costumbres, el deterioro de la conciencia nacional o lo que sea— vengan detrás de un proceso histórico no quiere decir que se identifique con él. Es cierto que se agitó el fantasma de una improbable guerra civil, pero



«Quienes emprendan la lectura del libro de García-Trevijano buscando una defensa de la República frente a la Monarquía quedarán defraudados. El presidencialismo, como el propio autor reconoce, no es incompatible con la Monarquía constitucional»

casi nadie desconoce los gravísimos problemas que habría planteado la ruptura, y que el autor desdena. García-Trevijano afirma también que los asalariados se encuentran hoy en peor situación de empleo, de renta media y de proximidad al poder que en el momento de la muerte de Franco.

Muchos de sus análisis son inteligentes y acertados y muy especialmente su crítica demoleadora de los nacionalismos, y del inexistente derecho de autodeterminación de los pueblos, que están destruyendo el Estado y los últimos vestigios de la conciencia nacional española. A pesar de que su idea de la nación —poco acertados sus reproches a Ortega— sea algo fantasmagórica: las naciones parecen existir simplemente porque sí. La esencia de la acción política de los partidos nacionalistas consiste en oponerse al Estado. La tendencia totalitaria de la ideología nacionalista se muestra en su intento de politizar hasta la intimidad de las personas.

No le falta razón cuando afirma que en el fondo de toda idea nacionalista «está germinando ya la flor del fascismo». «El rasgo definitorio de los nacionalismos en el Estado de partidos no es el de ser expresión política de naciones o nacionalidades, sino en el de ser

oposiciones que necesitan vivir parasitariamente, por ambición de poder, en el seno del Estado al que se oponen» (página 158).

En ningún caso es el Estado federal la solución al problema de los nacionalismos, sino la reforma radical del actual Estado de las autonomías.

Son atinados sus análisis de la corrupción política y sus causas y la defensa de una aristocracia del espíritu como alternativa y remedio al imperio de la vulgaridad y a la degradación de la cultura. Como escribió Dante, casi tan genial pensador como poeta, en el Purgatorio de su «Comedia»: «Tú puedes ver que el mundo se ha vuelto malo porque está mal gobernado, y no porque vuestra naturaleza esté corrompida». Pero estimo que falla esta hipótesis: la exagerada identificación de la democracia política con el sistema presidencialista y el rechazo del parlamentario. Es ciertamente una cuestión compleja que el autor simplifica. Los principales males de nuestra vida política tienen solución dentro de los cauces del sistema parlamentario, aunque exigen notables reformas, especialmente en lo relativo al sistema electoral proporcional y a la destrucción de la división de poderes. Pero ni el sistema mayoritario ni la separación de poderes son exclusivos del presidencialismo. En ningún sentido real puede decirse que el sistema político francés sea más democrático que el británico, aunque sí pueda decirse que el norteamericano lo es que el español o el italiano. Tampoco puede aceptarse su desdén hacia el

liberalismo político, que siempre será necesario, como mínimo, para contrapesar los excesos del poder democrático.

Quienes emprendan la lectura buscando una defensa de la República frente a la Monarquía quedarán defraudados. El presidencialismo, como el propio autor reconoce, no es incompatible con la Monarquía constitucional, ya que basta con la elección directa del jefe del Gobierno y no a través de las elecciones legislativas: «el objetivo fundamental y primario para los españoles no es, en mi opinión, la Monarquía o la República, sino la democracia, es decir, la forma de Gobierno. Y en las palabras «República» o «Monarquía», como dijo Robespierre, no está la solución al gran problema, sino en la combinación de las leyes y de las instituciones. Una Monarquía presidencialista es democrática. Una República parlamentaria es oligárquica» (página 296).

García-Trevijano nos advierte que la democratización de España es una tarea inacabada. Pero, cabría añadir, sin la educación intelectual y moral de los ciudadanos, que el Gobierno impide o dificulta, no es ni posible ni, tal vez, deseable.

Ignacio SÁNCHEZ CÁMARA